

America: il racconto di un continente

América: el relato de un continente

a cura di | editado por Susanna Regazzoni, Fabiola Cecere

Sobrevivientes y desaparecidos

Los migrantes en las crónicas de Marcela Turati y Oscar Martínez

Ana María González Luna

Università degli Studi di Milano – Bicocca, Italia

Abstract Latin American narrative journalism plays a role of denunciation and resistance to the phenomenon of migration in Mexico as a place of origin-transit-destination of migrants. The chronicler's word breaks the silence and the lies to say the perverse reality that reflects the validity of the perverse, the annihilation of the human condition under the appearance of institutionalised normality. The analysis of some chronicles by Marcela Turati and Oscar Martínez offers two different perspectives, Mexican and Central American, and a single intention: a writing that seeks to explain and make sense of the migrant's condition through the instrument of the word.

Keywords Narrative journalism. Migration. México. Centroamérica. Marcela Turati. Oscar Martínez.

Sumario 1 La crónica como denuncia y resistencia. – 2 Los migrantes son los desaparecidos y los sobrevivientes. – 3 Gramática de la violencia.

1 La crónica como denuncia y resistencia

El caso emblemático de la masacre de los 72 migrantes en San Fernando, Tamaulipas, en el mes de agosto de 2010, concentró la atención sobre el dramático fenómeno de los migrantes centroamericanos que transitan por México y desencadenó una serie de investigaciones que llevaron a descubrir otras muchas fosas de clandestinos. Un fenómeno, el de la migración, vinculado con la criminalidad organizada y generado en buena parte por el sistema neoliberal imperante, que refleja una dramática realidad de marginación y



Biblioteca di Rassegna iberistica 14

e-ISSN 2610-9360 | ISSN 2610-8844

ISBN [ebook] 978-88-6969-319-9 | ISBN [print] 978-88-6969-320-5

Peer review | Open access

Submitted 2019-02-06 | Accepted 2019-02-26 | Published 2019-05-14
© 2019 | Creative Commons Attribution 4.0 International Public License

DOI 10.30687/978-88-6969-319-9/037

541

desigualdad, de violación reiterada de los derechos humanos que sistemáticamente es ocultada. Una invisibilización debida tanto a la incomodidad de una realidad que provoca su ocultamiento o incluso su negación, como a la necesidad de los mismos clandestinos de no ser notados, ni vistos para poder atravesar la frontera incólumes.

Ante los números, estadísticas y porcentajes que registran los flujos migratorios que tienen a México como lugar de origen-destino-tránsito de migración, país receptor de migrantes y productor de emigrantes, el periodismo narrativo está jugando un papel fundamental de denuncia de la extrema vulnerabilidad jurídica, política, social y cultural del migrante que lo convierte en presa fácil y lucrativa de las organizaciones ilegales y paralegales dedicadas a las diversas formas de tráfico humano (Trigo 2007). Un periodismo que es crónica de resistencia ante la mercantilización de la vida y de la muerte, ante una necropolítica que tiene la capacidad de dictar quién puede vivir y quién debe morir, ejerciendo el control sobre la mortalidad y definiendo la vida como una manifestación de poder (Mbembe 2011). Género literario de no-ficción, la crónica periodística, que al mezclar equilibradamente novela, reportaje, entrevista, ensayo, cuento, teatro y autobiografía (Villoro 2012, 578-9), ilumina zonas de sombras, se focaliza en rostros concretos y cuenta historias encarnadas en personajes con nombre y apellido, creando en el lector una empatía necesaria para acercarnos al otro, para condolernos con el prójimo.

A partir de estas premisas, en las siguientes páginas propongo el análisis de algunas crónicas de migración realizadas por los periodistas Marcela Turati y Oscar Martínez, quienes, desde sus propias perspectivas, comparten la intención de una escritura que busca dar explicación y sentido a la dolorosa condición del migrante regional - centroamericano y mexicano - a través del instrumento de la palabra como arma imprescindible capaz de liberar, de nombrar, de visibilizar.

En sus crónicas, la mexicana Marcela Turati y el salvadoreño Óscar Martínez toman la palabra, una palabra que hiere cuando desvela la violencia y nos pone ante el espejo de una sociedad fragmentada - la nuestra -, lastimada, dolida, pero dejando abierta la posibilidad de vivirla como una forma de fraternidad. Ambos recurren al lenguaje analógico que *dice* para denunciar y para construir mundos donde todos podamos reflejarnos: incluirnos en el mundo, y quizás poder reconciliarnos con él y con nosotros mismos. Así, en sus textos encontramos un lenguaje «que corta el resuello. Rasante, tajante, cortante», como el que soñaba Octavio Paz (1979) en sus «Trabajos del poeta». ¹ Un lenguaje que es ins-

1 «Hubo un tiempo en que preguntaba: ¿dónde está el mal?, ¿dónde empezó la infección, en la palabra o en la cosa? Hoy sueño un lenguaje de cuchillos y picos, de ácidos y llamas. Un lenguaje de látigos [...] Un lenguaje que corte el resuello. Rasante, tajante, cortante. [...] Un lenguaje guillotina. Una dentadura trituradora, que haga una masa del yotuelno-sotrosvosotrosellos» (Paz 1979, 173).

trumento de denuncia, pero sobre todo de resistencia: vicarios de la palabra del otro, estos autores asumen el riesgo que implica en nuestros días y en esa región del mundo ejercer el periodismo de investigación.²

Exponentes del grupo Nuevos Cronistas de Indias, se han ocupado de los migrantes desde sus particulares condiciones y puntos de vista. Y digo migrantes, no migración, porque son ellos, y sus familias, los verdaderos protagonistas de sus crónicas, los testimonios de una narración que lleva nombre y apellido, de personas con una propia identidad y una historia que espera y exige ser contada. Al contar la historia de los que no tienen voz, Turati y Martínez no tratan de definir conceptos, sino de narrar la realidad para visibilizarla, para explicarla.

A este propósito, Elena Poniatowska, recordando, en 2012, al gran cronista mexicano Carlos Monisváis, afirmaba que

la crónica en América Latina responde a una necesidad: manifestar lo oculto, denunciar lo indecible, observar lo que nadie quiere ver, escribir la historia de quienes aparentemente no la tienen, de los que no cuentan con la menor oportunidad de hacerse oír. La crónica refleja más que ningún otro género los problemas sociales, la corrupción de un país, la situación de los olvidados de siempre.³

En efecto, existe en América latina una larga tradición de escritura documental que ha registrado la experiencia de los sufrientes, a menudo con sus propias palabras, y gran parte de ese trabajo, de ese registro plural de la historia y del lenguaje estuvo y ha estado a cargo de sus cronistas (Rivera Garza 2012, 17).

Ese intento de darles voz a los demás - estímulo cardinal de la crónica - es un ejercicio de aproximación porque, como afirma Agamben (2005), es imposible suplantar sin pérdidas a quien vivió la experiencia. En este sentido la crónica es la restitución de esa palabra perdida. A ello se debe que la voz del cronista sea delgada, producto de una desobjetivación, en cuanto presta la voz a quien la perdió, o para que la diga en forma vicaria. Sin olvidar que el testimonio «sólo da cuenta de una parte de la situación que ha vivido mientras otros han muerto y su silencio gravita sobre los sobrevivientes» (González Rodríguez 2017, 57). De ahí la necesidad de integrar su voz con el acopio de puntos de vista, datos, archivos, etc.

Las crónicas que nos ocupan fueron escritas y publicadas después del fatídico 26 de agosto de 2010, cuando la noticia de la masacre de

² La organización independiente Artículo 19, de 2000 a la fecha, ha documentado el asesinato de 119 periodistas en México, en posible relación con su labor periodística. Del total, 110 son hombres y 9 son mujeres. <https://articulo19.org/periodistasasesinados/> (2018-09-25).

³ Poniatowska, Elena (2012). «Encuentro de nuevos cronistas de Indias». *La Jornada*, 12 de octubre. <https://www.jornada.com.mx/2012/10/12/opinion/a08a1cul> (2019-03-12).

72 migrantes en el rancho San Fernando, en el estado de Tamaulipas, desveló a la sociedad civil el horrorismo (Cavarero 2009) que acompaña el camino de los migrantes centroamericanos por México. A partir de ese momento y del sucesivo espeluznante descubrimiento de la existencia de numerosas fosas a lo largo y ancho del país, Marcela Turati, que desde 2008 se dedicaba a cubrir noticias sobre las víctimas invisibles de la violencia, concentrará su atención y trabajo en el fenómeno de los desaparecidos, muchos de ellos migrantes:

A partir de ese año comencé a entrevistar a personas desesperadas porque desconocían el paradero de algún familiar que simplemente no regresó a casa o que alguien vio cómo se lo llevaban, y de quien no había pistas. (Turati 2016, 170)

La periodista en poco tiempo descubriría que la desaparición de personas era una epidemia (178). En el mismo municipio de San Fernando, Tamaulipas, en abril de 2011 se encontraron 47 fosas clandestinas con 193 cadáveres, la mayoría de los cuales pertenecían a migrantes mexicanos y centroamericanos interceptados en su camino a la frontera (180). El trabajo de investigación transformará a Turati en una de las más adoloridas periodistas que viven «la búsqueda y la apertura de las fosas en carne propia» (Poniatowska 2016, 27) y testimonian cómo madres y padres remueven «la tierra a corazón abierto con sus propias uñas, con la rabia, la impotencia y la tristeza a flor de piel buscando fosas» (Turati 2016, 194).

Colaboradora del semanal mexicano *Proceso*, en sus páginas se encuentran numerosos artículos, reportajes, crónicas cuya información y documentación la autora misma retoma y reelabora en otros textos más extensos que forman parte de trabajos colectivos: «Reportar desde el país de las fosas» (Turati 2016), publicado en *La ira de México. Siete voces contra la impunidad*, y «Tras las pistas de los desaparecidos» (2012), que encontramos en el libro *Entre Cenizas*, editado con Daniela Rea.⁴ En estos textos focalizo mi atención en cuanto evidencian su intención, ya manifestada con la publicación de *Fuego Cruzado*, de no quedarse con la mera crónica del horror sino ponerle nombre y rostro a los afectados. Junto al testimonio sigue documentando lo vivido por las víctimas para delinear lo que ocurre en los hogares enlutados y en las comunidades que viven bajo la dictadura del miedo (Turati 2011).

Desde una perspectiva distinta, Oscar Martínez comenzó a ocuparse de los migrantes centroamericanos que atraviesan México en 2006.

⁴ Dicho material se añade al del grupo de investigación periodística que la misma Turati coordina, *Masde72*, publicado en línea en la página de *Periodistas de a pie* (<http://www.masde72.periodistasdeapie.org.mx/>), organización que ella fundó en 2006 para capacitar a los reporteros y prepararlos a no morir en medio de una violencia que los sorprendió.

Catorce de las crónicas que publicó en el periódico digital salvadoreño *El Faro*, a partir de los testimonios recogidos durante su viaje con los migrantes en 2008 y 2009, fueron recopiladas y ampliadas en su estrujante y bien documentado libro *Los migrantes que no importan* (2010). Con dichas crónicas Martínez dio visibilidad a historias dramáticas ignoradas u ocultadas hasta el 26 de agosto de 2010 cuando la noticia de la masacre de migrantes encendió los reflectores sobre esa realidad. De ahí su feroz y cínica crítica a la mediatización de la noticia que encontramos en el artículo publicado días después: «Nos vemos en la próxima masacre del migrantes». Martínez, además de acusar a los políticos de mentirosos porque sabían lo que estaba sucediendo, afirma que la algarabía desatada por la noticia de la masacre es incomprensible porque es una mentira, es solo un hecho más, impactante, pero nada más:

La masacre de San Fernando, allá a donde un centroamericano llega tras haber abordado como polizón más de ocho trenes, era previsible. La masacre de los indocumentados en México empezó a principios de 2007.⁵

De los textos de Martínez posteriores a esta fatídica fecha, me detengo específicamente en dos crónicas: «Los coyotes domados», publicada en *El Faro*⁶ y más tarde en el libro *Una historia de violencia* (2016) y *Los que iban a morir se acumulan en México* (2017), texto que forma parte de una colección de libros titulada «De migrantes a refugiados: el nuevo drama centroamericano».⁷ Se trata de un amplio reportaje escrito, con la convicción de que

la manera más expedita de entender qué significa ser de uno de los países más violentos del planeta es escuchar a los vomitados por la región. Los que iban a morir, los que se salvaron solos, se acumulan en México. (Martínez 2017)

⁵ Martínez, Óscar (2010). «Nos vemos en la próxima masacre de migrantes». *El Faro*, 26 de agosto. URL <https://elfaro.net/es/201008/opinion/2333/Nos-vemos-en-la-pr%C3%B3xima-masacre-de-migrantes.htm> (2018-03-11).

⁶ «Los coyotes domados». *El Faro*, 24 de marzo de 2014. URL <http://salanegra.elfaro.net/es/201403/cronicas/15101/los-coyotes-domados.htm> (2019-03-18).

⁷ Hasta el día de hoy en la revista *El Faro* se encuentran, además del de Oscar Martínez, otros tres libros publicados en línea en 2017: uno de Carlos Martínez, *Belice tiene miedo*, otro *Costa Rica, la ruta sur* y *El Salvador, un país sembrado de muertos* de Maye Primera.

2 Los migrantes son los desaparecidos y los sobrevivientes

Los textos de Marcela Turati están impregnados por la ausencia de los migrantes desaparecidos, tanto mexicanos como centroamericanos. En sus crónicas de la desaparición se teje la documentación, fruto de una seria investigación, con el relato de los familiares (sobre todo las mujeres) en su búsqueda incansable por encontrarlos o por siquiera recuperar sus cuerpos.

En otra perspectiva, los migrantes de las crónicas de Martínez son los que huyen de la muerte, representada por las bandas criminales (Las Maras, Barrio 18, Vatos Loscos, Tercereños, etc.), y buscan refugio en México. La amenaza constante de muerte ha matado el sueño americano, los migrantes de los últimos años «viajan para vivir», ya no apuntan a Estados Unidos; en la urgencia de salvar la vida propia y de sus familiares, México, el país de la muerte, es paradójicamente la única esperanza de un refugio posible. En este sentido podemos hablar de migrantes sobrevivientes.

El flujo de las narraciones suele tener un ancla en lugares y fechas bien definidos. Turati sigue un orden crono-topográfico al testimoniar las reuniones de los grupos de madres y esposas de desaparecidos en «Tras las pistas de los desaparecidos», y también en la crónica «Reportear desde el país de las fosas» en la que hace de las fosas clandestinas la metonimia de la geografía nacional. A su vez, Martínez divide el reportaje *Los que iban a morir se acumulan en México* en 12 partes, que llevan junto al título el nombre del lugar - un albergue - y la fecha donde encontró al testimonio de su narración, un espacio temporal que cubre del 18 al 25 de febrero de 2017. Mientras que en «Los coyotes domados» ancla la narración en El Salvador, lugar de indagación y espacio de las víctimas y los testimonios, y en un presente que reconstruye el pasado en busca de una explicación.

Turati se centra, pues, prevalentemente en las madres y esposas afectadas por las desapariciones que, desde 2008 en Tijuana, habían empezado a encontrarse y a crear grupos de personas unidos por la misma tragedia, por la frustración ante la impunidad.⁸ Una impunidad que pareciera justificar los métodos de criminalización de las víctimas por parte del Estado, que hunde sus raíces en un pasado reciente, en la guerra sucia de los años setenta, y se vincula dramáticamente con la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa en 2014 (Turati 2016, 191). Una impunidad que se traduce en la ausencia de protección a quienes en El Salvador, Honduras y Guatemala son víctimas de las

⁸ La noticia de la detención, por parte del ejército, de Santiago Meza López, miembro del cártel de Tijuana, mejor conocido como El Pozolero, desveló no solo la desaparición de numerosos enemigos del cártel, sino la desintegración de sus cadáveres con «sosa cáustica utilizando la técnica de la elaboración del pozole, un caldo típico mexicano» (Turati 2016, 182).

amenazas de muerte de las pandillas, cada vez más potentes, según testimonia Martínez en sus crónicas recogidas en febrero de 2017 en *Los que iban a morir se acumulan en México*.

Los 29 migrantes que entrevista Oscar Martínez son centroamericanos que escapan de su país para sobrevivir, son familias con bebés, gays hondureños, ex-pandilleros, niñas violadas, hombres mutilados, que huyen de pandilleros, de policías, de narcotraficantes, de secuestradores. Pero, sobre todo, huyen de países donde las autoridades no pueden o no quieren protegerlos. Al igual que las familias de los desaparecidos, que al sentirse 'huérfanos de autoridades' reaccionan uniéndose y haciendo sus propias investigaciones, los migrantes centroamericanos buscan su propia protección fuera de sus países para sobrevivir.

Por otro lado, el relato que nos ofrece Marcela Turati de lo que sucede en las familias de los desaparecidos desvela una serie de fenómenos generados por la desaparición, desde la división entre los miembros de la propia familia, a los problemas económicos, hasta las enfermedades que se anidan en medio de la espera y la culpabilización sistemática de las víctimas por parte de las autoridades. Madres que viven «escondidas, porque los desaparecidos son sospechosos de su destino» (Turati 2012, 107) y que la autora describe con la fuerza y el dolor de la imagen de una Piedad incompleta llorando al hijo que no pueden tener en brazos. Madres que en su profundo dolor son el testimonio vivo de la capacidad de reaccionar, de buscar e incluso de aceptar ayuda y apoyo de organizaciones de Derechos Humanos, para poder «saltar del 'pobrecitas que somos' al somos poseedoras de derechos y al mismo tiempo que lloramos sabemos exigirlos» (121).

El llanto de la madre que llora a su hijo ausente es también el de la salvadoreña Bertilia, madre de Charli, uno de los numerosos jóvenes migrantes centroamericanos desaparecidos entre 2010 y 2011 en San Fernando, Tamaulipas. Describir su sufrimiento de madre que no tiene ni siquiera unos huesos que enterrar, representa un reto demasiado peligroso para la escritura de Oscar Martínez, quien reconoce no encontrar adjetivos que atinen a decir ese dolor (2016, 198).

En «Coyotes domados», Martínez busca una explicación a la masacre de los 72 migrantes en San Fernando, Tamaulipas. Lo hace reconstruyendo la historia de seis de los trece migrantes salvadoreños masacrados en agosto del 2010 a través del testimonio del chofer del coyote que los pasó a México. Se detiene intencionalmente en algunos rasgos y costumbres de los coyotes que parecieran ser solo un rasgo identificativo, como las borracheras y los famosos 'narizazos' de cocaína, «de no ser porque en este caso pasó lo que pasó» (Martínez 2016, 186), es decir, ese rasgo se convirtió en la causa de la muerte de esos salvadoreños: al haberse gastado el dinero de la cuota de los Zetas en vicios, el coyote, asustado por las posibles consecuencias, abandonó a los seis migrantes que luego fueron brutalmente asesinados junto a

los otros 66. La hipótesis de Martínez se confirma entrevistando a un patriarca de los coyotes de El Salvador, y se contrapone a la que dieron las autoridades mexicanas, porque la historia de esos migrantes «habla de otra cosa» (191): habla del mensaje dado por los Zetas a los coyotes que no pagan la cuota que les corresponde cuando quieren pasar a los migrantes por esa ruta (Reynosa). Esto ha llevado a un cambio en las rutas y las condiciones de los migrantes centroamericanos. A partir de entonces los albergues de migrantes se han ido convirtiendo en campo de refugiados, así lo relata en *Los que iban a morir se acumulan en México* (Martínez 2017). En el Albergue 72, Tenosique, Tabasco (una de las rutas principales de la migración, porque desde ahí parte una de las líneas del tren que sube hacia el norte), más de la mitad son solicitantes de refugio. Dichas solicitudes han aumentado a raíz del Plan Frontera Sur, ese muro simbólico, invisible, que se planta en el sur de México. Lanzado el 7 julio 2014 por el presidente Enrique Peña Nieto:

se presentó como una serie de medidas dirigidas a proteger al migrante, pero terminó ocurriendo que cada una de las medidas dificultó el camino del migrante: más policías, más agentes de migración en el sur, reanudación de los operativos migratorios en el tren, y la más exótica medida humanitaria, aumentar la velocidad del tren y dificultar que los migrantes lo agarren detenido, para desincentivar ese medio de transporte. Es un plan que de humanitario solo tiene la vocación de agarrar humanos. (Martínez 2017)

Al aumentar las dificultades, los riesgos y los costos del migrar, la persecución de los migrantes ilegales paradójicamente beneficia a los traficantes y alimenta sus redes, afirma Abril Trigo al analizar las políticas represivas de la migración (2017, 16). Junto al fuerte costo humano de la política del gobierno mexicano hacia los migrantes centroamericanos, Martínez relata la historia de quienes han logrado obtener la condición de refugiado en México. Uno de los testimonios más significativos es el de la niña Heidin de 13 años, en «No es una tierra para niñas», que vivía en medio de las maras y vio muchas cosas, también cómo mataron a su madre.

Ella nunca dijo: tal persona me quiere matar. Pero a las autoridades mexicanas les pareció natural que ella moriría. No había un victimario concreto, sino una circunstancia: el sector Rivera Hernández. Y una edad: 13 años. Se trata del sector más violento del segundo país más violento de la esquina más violenta del mundo. (Martínez 2017)

El refugio, como la migración misma, es una cadena, eslabón tras eslabón. Estas crónicas revelan que tanto los migrantes como los refugiados constituyen una suerte de ciudadano de segunda (Trigo 2017, 21), y nos colocan ante los límites de la comunidad política y social en

la que vivimos, y sobreviven. Los datos de solicitud de refugio en México hablan de 20.000 personas, casi todos del norte de Centroamérica, que piden acogida para no morir. Escuchar a los expulsados – «los vomitados» – de esa región quizás sea la manera «más expedita de entender qué significa ser de uno de los países más violentos del planeta» (Martínez 2017).

3 Gramática de la violencia

Existe una gramática de la violencia que está inscrita en los cuerpos, es lo que Turati llama *performance macabro* al describir la exhumación de cuerpos en las fosas, al constatar la violencia ejercida sobre los cuerpos.

Al fondo del viejo respiradero, en vez de piso encontró un charco de agua estancada del que emergía una montaña formada por bultos parecidos a lomos de cerdos. Pero eran personas; una pila de restos humanos, entre brillantes y parduzcos, con la textura jabonosa de la descomposición. Sus rostros tenían el rictus de la angustia. Todos presentaban la marca registrada del crimen organizado: las muñecas atadas por la espalda, la cinta de color canela, tapándoles los ojos, el calzón hecho un nudo dentro de la boca o el saco anudado a la cabeza en el momento de las torturas. (Turati 2016, 169)

Con estas palabras describe el descenso del rescatista de la mina la Concha, en Taxco, estado de Guerrero en junio de 2010. Y con estas experiencias la cobertura periodística de Marcela Turati se transformó en poco tiempo «en una crónica interminable de cadáveres, restos humanos y fosas comunes» (2016, 172), que en algunos momentos ya no eran cuerpos sino «microscópicos fragmentos de lo que alguna vez llegó a ser una persona» (183). Cuerpos que habían sido desintegrados para que no pudieran ser identificados, pero aún así y desde allí «hablan, denuncian, condenan» (181), en una semiótica de la violencia. Cuerpos que conforman ese «gusano de colores tristes» – metáfora de los cadáveres amontonados, masacrados en San Fernando, tantas veces repetida en «Los Coyotes domados» – y en un silencio ensordecedor gritan la deshumanización, el horrorismo. Porque los cuerpos rotos, vulnerados, violentados se convierten en un mensaje claro cuando el lenguaje naufraga, se agota en el acto de producir una explicación (Reguillo 2012).

Las crónicas de Turati y de Martínez denuncian una realidad afectada y reescrita por la criminalidad organizada y por la necropolítica, entendida como engranaje económico, político y simbólico que produce códigos, gramáticas, narrativas a través de la gestión de la muerte. Reflejo evidente del Capitalismo Gore, categoría con la cual Sayak

Valencia (2010) explica la violencia extrema y sangrienta de los espacios fronterizos, que lleva al uso predatorio de los cuerpos por medio de la violencia utilizada como herramienta de necroempoderamiento. Espacios que se transforman en territorios de la paralegalidad donde los cuerpos se vuelven prescindibles, sacrificables, traficables. La frontera en los textos de estos dos periodistas es el espacio del horror que autoriza o niega la vida misma (Cavarero 2009; Mbembe 2011; Reguillo 2012).

En este contexto, Turati y Martínez enfrentan el reto del cronista, porque relatar la violencia no es simplemente denuncia valiente, sino también resistencia constante ante la impunidad y la injusticia con el instrumento de la palabra. Los textos analizados son ejemplo de una forma de escritura que activa «el potencial crítico y utópico del lenguaje» (Rivera Garza 2015, 14); en ellos los autores focalizan su atención en las víctimas de los crímenes y la violencia, no en quienes los perpetran. Esta focalización les permite contar historias que desmienten la verdad oficial que presenta al enemigo como un elemento exógeno, ajeno al cuerpo social, cuando en realidad el crimen organizado pertenece al tejido social y a diversos grupos de poder. El otro, el criminal, el narco, es el vecino, la vendedora de jugos en la estación ferroviaria, el novio de tu hija, un mesero del bar, porque el enemigo está en la cotidianidad, en la «escalofriante normalidad» (Villoro 2018).⁹

Nuestros autores demuestran en sus crónicas que para enfrentar la realidad es necesaria una mirada oblicua, desde los márgenes, para no caer en el espectáculo obscuro de la violencia, para evitar la mediatización de los datos que saca de contexto a las víctimas creando un extrañamiento y una distancia tanto simbólica como emocional en el lector. Hablan contra el silencio, contra las mentiras y a través de su investigación de los hechos y de los testimonios contradicen la engañosa versión oficial.

Si lo descrito y denunciado en las crónicas de Marcela Turati y Oscar Martínez habla del influjo de lo perverso que ha ido devorando la civilización, el orden institucional, el bien común (González Rodríguez 2015, 11); si el contenido de sus crónicas confirma el horrorismo que no solo se cobra vidas, sino que acaba con la condición humana (Cavarero 2009), me pregunto si lograr la palabra que se levanta contra el silencio para decir y dar sentido a lo indecible, no es una señal clara de la condición humana que se resiste.

⁹ Villoro, Juan (2018). «Desde el fondo del mar». *Reforma*, 4 de mayo.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2005). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo (Homo sacer III)*. Valencia: Pre-Textos.
- Cavareto, Adriana (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. México; Barcelona: Universidad Metropolitana de México; Antrophos.
- González Rodríguez, Sergio (2015). *Los 43 de Iguala. México: verdad y reto de los estudiantes desaparecidos*. Barcelona: Anagrama.
- Martínez, Óscar (2010). *Los migrantes que no importan*. Barcelona: Icaria editorial.
- Martínez, Óscar (2016). *Una historia de violencia. Vivir y morir en Centroamérica*. México: Debate.
- Martínez, Óscar (2017). *Los que iban a morir se acumulan en México*. El Salvador: El Faro. URL <http://especiales.elfaro.net/es/migrantes/mexico/> (2018-03-10)
- Mbembe, Achille (2011). "Necropolítica" seguido de "Sobre el gobierno privada indirecto". España: Melusina.
- Paz, Octavio (1979). «Trabajos del poeta». *Poemas (1935-1975)*. Barcelona: Seix Barral, 173-5.
- Poniatowska, Elena (2016). «Prólogo». Cacho, Lidia; González Rodríguez, Sergio; Hernández, Anabel; Osorno, Diego Enrique; Ruiz Parra, Emiliano; Turati, Marcela; Villoro, Juan, *La ira de México. Siete voces contra la impunidad*. México: Debate, 15-28.
- Reguillo, Rossana (2012). «De las violencias: caligrafía y gramática del horror». *Desacatos*, 40, 33-46. DOI <https://doi.org/10.29340/40.254>.
- Rivera Garza, Cristina (2012). «Todos nosotros, fogatas. Prólogo». Turati, Rea 2012, 13-23.
- Trigo, Abril (2017). «Introducción. Nuevos enfoques sobre la migración transnacional y el cambio cultural». *Alternativas. Revista de estudios culturales latinoamericanos*, 7, otoño. URL <https://alternativas.osu.edu/es/issues/autumn-7-2017/essays4/intro-trigo.html> (2018-05-01)
- Turati, Marcela (2011). *Fuego cruzado*. México: Grijalbo.
- Turati, Marcela (2012). «Tras la pista de los desaparecidos». Turati, Rea 2012, 101-25.
- Turati, Marcela (2016). «Reportear desde el país de las fosas». Cacho, Lidia; González Rodríguez, Sergio; Hernández, Anabel; Osorno, Diego Enrique; Ruiz Parra, Emiliano; Turati, Marcela; Villoro, Juan, *La ira de México. Siete voces contra la impunidad*. México: Debate, 169-94.
- Turati, Marcela; Rea, Daniela (2012). *Entre Cenizas. Historias de vida en tiempos de muerte*. Oaxaca, México: Sur+ Ediciones.
- Valencia, Sayak (2010). *Capitalismo gore*. Barcelona: Melusina.
- Villoro, Juan (2012). «La crónica, ornitorrinco de la prosa». Jaramillo, Darío, *Antología de crónica latinoamericana*. México: Alfaguara, 577-82.

